

# LA BELLEZA DE LA MADUREZ, EXQUISITA PERFECCIÓN

QUINTÍN CALLE CARABIAS PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD ERASMIANA DE MÁLAGA

SEGÚN la propia lengua, «perfecto» es aquello que no se ha hecho de repente, sino a lo largo (per-) del tiempo. Coincide así con el sentido de «madurar» (del indoeuropeo «ma-»: bueno, porque ocurre «en tiempo propicio»). De «maturare» deriva a su vez «maturicare», cuajado luego en el castellano «madugar», que no es más que «hacer madurar», precipitar, acelerar, en definitiva, anticipar algo que sólo debía llegar a su debido tiempo. La mayor parte de la fruta que hoy consumimos, por poner un ejemplo, es una fruta madrugada, imperfecta, y el sabor que le falta (rasgo específico de lo inmaduro) no nos compensa del tiempo que le hayamos podido ganar. «Exquisito» es, por último, lo mejor que uno encuentra rebuscando entre lo bueno (ex-quaesitus); es decir, de lo bueno, lo mejor.

Viene esto a cuento del concierto («Si Tosti levantara la cabeza») que dieron Bernardina del Pino (soprano), Juan Manuel Corado (barítono) y Arturo Díez Bosevich (piano) el pasado 8 de junio en el Auditorio de la Diputación (c/ Pacífico) de nuestra ciudad, cuyo merecido juicio se ajusta al título de este artículo y del que estas líneas sólo buscan impedir que el eco se extinga.

No es mi intención hacer aquí una simple reseña, pues toda reseña, por su propia naturaleza, reduciría dicho concierto a un suceso más; brillante, pero uno más de cuantos recogen los periódicos diariamente. Pretendo transmitir la emoción de haber asistido al espectáculo de un fenómeno extraordinario como es el logro de la perfección. La eclosión musical plenamente madura de unos jóvenes a los que has visto crecer y que, con el provecho de no poco tiempo y de su gran esfuerzo, han llegado a la exquisita madurez. Como lo habitual es ingerir frutos madrugados, ante el pleno sabor de la sazón, uno sólo acierta a proferir un ¡hummm! y a cerrar los ojos

para concentrarse en la sensación profunda. Sensación y sentimiento, cuerpo y alma, se rindieron al espectáculo de la belleza. ¿Tendré también que definirla?

El programa, escogidísimo, sólo fue la excusa para el verdadero espectáculo que acabo de describir: «Si Tosti levantara la cabeza» -cierre la condicional hipotética del título-, se habría llevado, sin duda, una gratísima sorpresa doble: primera, encontrar cuatro piezas suyas en un mismo programa, un tercio del total, todo un homenaje; y segunda, la natural dicción, nada afectada, con que se interpretaron.

La evolución matizada del sentimiento amoroso era el hilo de Ariadna que ayudaba a salir del intrincado laberinto de Afrodita y estructuraba el programa. La voz grave y aterciopelada de la nostalgia («L'ultima canzone», Tosti, Corado) encontraba réplica en el trágico timbre agudo del desengaño («Non t'amo più», Tosti, Mariberna); la persuasión, sentimiento igualmente íntimo y susurrante («Bella siccome un angelo», Donizetti, Corado) precedía al enamoramiento, encantador y expansivo («Je veux vivre», Gounod, Mariberna); pero, ¡ay!, el dolor suele ser ingrato compañero del amor y también se viste en tonos graves y complejos («Or dove fuggio io mai...?», Bellini, Corado). La vida sigue, y el flirteo juguetón («Crudel! Perchè finora», Mozart, dúo) abre de nuevo la puerta a la suave esperanza («O rendetemi la speme», Bellini, Mariberna), que, de no verse cumplida, mostrará furiosa el terrible látigo de la venganza («Hai già vinta la causa», Mozart, Corado). La vanidad («Mein Herr Marquis», Strauss, Mariberna) se anuncia al son esplendoroso de trompeta, máxime si precede a la conquista («Là ci darem la mano», Mozart, dúo). Por último, la tristeza, suave y sensible como tela de araña («Tristezza», Tosti, Mariberna), resuelve su melancolía en la

idealización («Ideale», Tosti, Corado). Todos esos matices esenciales mostraron con exquisita perfección Mariberna del Pino y Juan Manuel Corado.

Cerraron el concierto con un broche de orfebrería adosado al programa: «Jacinta», hermosa pieza a dúo del propio Arturo Díez Bosevich, cuyo piano domina con mano de emperador y conduce con la timbrada sonoridad de una orquesta.

Cada uno de los tres atesora una historia artística ya suficientemente probada y su madurez se encuentra en su punto más granado. Me pregunto por cuánto tiempo podremos aún disfrutar del lujo de su perfección antes de que su fama y el comercio nos los arrebatan de esta Málaga, prolífica madre de artistas.

Francesco Paolo Tosti (1846-1916), italiano que hizo carrera en la corte inglesa -brillante profesor de canto en la Royal School of Music-, si bien ha estado siempre en boca de todos los grandes del canto, no es precisamente autor que en la actualidad repita a menudo atril. Que en este programa su música haya constituido la gran parte y que el título del concierto haga por revivirlo sugieren la gratitud de unos jóvenes maestros y el pago por su gran contribución al arte sonoro.

Bien está festejar el éxito de nuestros deportistas y de nuestros equipos locales. Bien está vivir de rentas del pasado, aunque sea reciente y acumulable en museos. No parece, en cambio, de justicia pasar por alto acontecimientos presentes como el descrito, por más que el número de sus espectadores no supere unas centenas, pues todos están convocados a tal privilegio. Sería una gran noticia que la finura de espíritu y la belleza sólo aparentemente inalcanzable tuvieran en lo sucesivo eco prolongado y permanente en una sociedad dispuesta a admirarla. Una gran noticia, ciertamente.

*Diario Sur, Málaga, 15 de julio de 2009, p. 34*

